

Artefactos

Centenario de Nicanor Parra

Fabiola Camacho

*Revolución
cuántas contrarrevoluciones
se cometen en tu nombre*

NICANOR PARRA

I

AHORA LAS COSAS SE DESVANECEN con la misma rapidez con la que las noticias se dispersan alrededor del mundo. Nada dura, ni las relaciones, ni las promesas, y para qué hablar de la memoria, si todo aquello que en un momento significó una poderosa forma de crear vínculos, apegos y, sobre todo, continuidad decantada en tradición, ha sido desterrada de nuestra vida cotidiana. Quizá sea la infinita incertidumbre de los tiempos actuales esa llaga que me hace sentir la fragilidad de mi condición y de todo lo que me rodea, aunque si lo pienso bien, la misma incertidumbre es lo único que nos une con el resto de la humanidad dentro del proceso civilizatorio, al igual que otras marcas de nacimiento como la violencia o el deseo insaciable de control y poder. El miedo a lo desconocido, la carencia de porvenir, es la misma fuerza que nos hace desaparecerlo todo, es esa pulsión capaz de victimizar y victimizarnos con tal de que la acumulación del capital y el poder jamás se alejen de nuestro entorno. Si lo vemos retrospectivamente, hace cien años la violencia encontró su primera condición global, y con ello estableció los temores que dominarían al mundo moderno respecto a la sofisticación de las armas y las prácticas de exterminio, esos artefactos que hicieron el cambio en cuanto a la eliminación de millones de hombres que morían por el deseo de mayor control, capital y territorio.

A partir de 1914 no había un lugar en el mundo donde no se sintiera el miedo al mañana, a que quizá en él no existiríamos, ni en nuestro país, tras un proceso de lucha revolucionaria que dejó a una nación doliente, ni en el extremo sur donde en Chile se sintió la carencia ante el colapso del sector fabril y del comercio exterior propiciados por la Primera Guerra Mundial. Muchas personas se preguntaban si acaso el mundo seguiría en pie, si las cosas serían como las conocieron; a veces me pregunto si alguien a su vez se preguntaba si acaso existía otra solución que no fuera la guerra. Siendo sincera, me lo pregunto de manera continua; en parte porque estoy cansada de que el dolor en mi país no sucumba, en parte porque —lo sé— mi educación pequeñoburguesa lustrada por la academia no me permite imaginarme con un arma para luchar por mis convicciones; no sé si éstas mismas no sean tan firmes como las de muchas personas que en 1914 lucharon bajo la idea de conservación de su país o simplemente mis artefactos de lucha sean distintos.

De cualquier manera tengo la certeza de que en esa misma época, en San Fabián de Alico, la vida abrió una grieta desde la que se escucharía una voz capaz de crear verdaderas bombas, capaz de construir una revolución sin tregua contra el sinsentido del mundo.

El 5 de septiembre de 1914 nació Nicanor Parra.

II

Es verdad, “el teatro del mundo se acaba”, todo a nuestro alrededor es devorado. En el fondo siempre he sentido que pertenezco a una generación con el deseo de la muerte a cuestas. El miedo siempre nos delata, siempre de manera compulsiva pensamos con un gesto de espanto sobre la manera en cómo moriremos, y a la

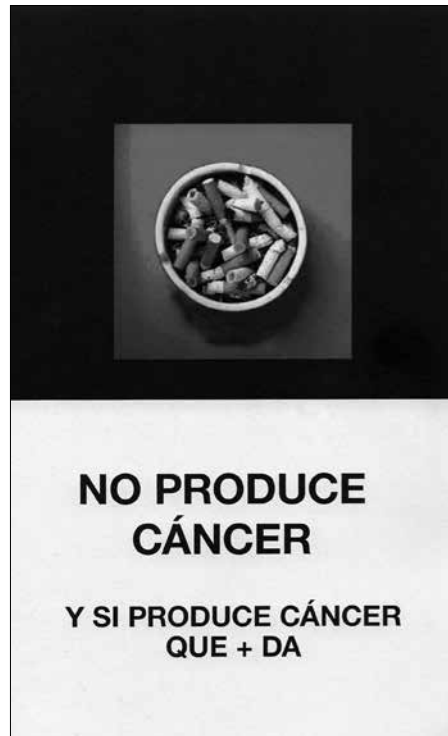
lista que antes encabezaban morir de Sida, en un asalto o incluso en un accidente de avión, se suma el miedo a ser torturados, desaparecidos, o ser parte de daños colaterales. Muchas veces me pregunto si sería buena idea dejar mi epitafio, dejarlo en un sobre junto con mi diario y, en caso de no aparecer, que alguien lo lea en voz alta, quizá me gustaría simplemente que uno de mis amores recordara un epitafio de los de Parra: “Por mí no se preocupen. Estoy mejor que cuando estaba bien. Descansen en paz”. Pensar en que ante el dolor y la angustia los demás puedan descansar en paz es un acto de ruptura, pero, ¿acaso, no es lo que los seguidores de Parra siempre buscamos?

Con Parra me une su poesía y los tiempos de absoluta carencia e hipocresía. Y ante tal contexto, no existe ninguna fuerza liberadora más profunda que la risa irónica. El tiempo actual tiene la característica de estar plagado de una avasalladora condición de ser políticamente correcto, con gente llena de buenas intenciones, pero también hinchada del deseo de coronarse como luchadora social contemporánea. Estoy segura de que muy pocas de las personas de mi generación que se autonombran de izquierda o luchadores sociales soportarían el humor irradiado por las bombas molotov que se extraen de la serie de postales *Chistes para desorientar a la policía/poesía* de 1983. Sólo imaginen que, de pronto, alguien con tono de sorna se acercara a un grupo de manifestantes y sin decir la autoría exclamara:

De aparecer apareció
pero en una lista de desaparecidos.

Esa persona seguro se llevaría un par de recuerdos para la figura materna y la convicción de que en estos tiempos,

Imágenes del libro *Obras Públicas* de Nicanor Parra, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile / FIL Guadalajara, 2012



donde de manera desesperada necesitamos en nuestras luchas la compañía de Nicanor, los compañeros no lo están leyendo; claro, ni a él ni a nuestro otro gran centenario José Revueltas. Y no lo leen porque la autocrítica no se asoma, y si una utilidad además de la obvia tienen las líneas y artefactos parrianos es aquella de quitarte la autosatisfacción que se logra al sentir que se hacen bien las cosas, lanzarte un golpe descomunal y sentir que todo está perdido y aún así no quitar la sonrisa irónica. Parra no ha muerto y sin embargo las buenas conciencias lo han matado.

III

Hace dos años en la FIL Guadalajara, con motivo de que el país invitado era Chile, se montó en el Hospicio Cabañas la exposición *Obras públicas*, conformada por la obra escultórica, poética y visual de Nicanor Parra. No había pieza donde Parra no nos tirara a la cara su desparpajo, esa forma tan propia de gritarte que tú no sabes qué es política, ni qué es revolución, esa manera tan suya de decirte, sin embargo, que no estás sola, como si le hablara a la Viola doliente, la hermana que lo acompañó en sus luchas, de la misma que en alguna ocasión decía que la consideraba como una parte de su persona.

Imagino que por eso me aferro todavía con mayor fuerza a su poesía, porque Nicanor lleva casi 48 años sin una parte de su ser y sin embargo es capaz de soltar una carcajada. En una de las piezas montadas en la

exposición se podía leer “Sólo en la medida en que uno se olvida de sí mismo puede seguir siendo”. Quizá en la medida en que se aprende a reconocer lo perdido y luego a olvidar ese dolor y miedo, con el tiempo se puede pensar en un mañana. Probablemente Nicanor a sus cien años se ha olvidado de él mismo y por eso

sigue entre nosotros.

Roberto Bolaño siempre decía que todo se lo debía a Parra, y si me guío por esa afirmación pienso que existe esa congruencia en sus cuentos y novelas, sobre todo en *Nocturno en Chile*, *Amuleto* y *Los detectives salvajes*; a veces hay referencias directas a la obra o al nombre de Parra, a veces sólo matices que nos llevan a la ironía y fuerza de los antipoemas. Pero luego esa congruencia se disuelve con los múltiples lectores de Bolaño, aquellos que han llevado su obra a los aparadores, a la antilucha, a la referencia forzada sin lectura previamente hecha. Sinceramente no imagino a ninguno de los dos cargando otro artefacto que no sea la poesía, y aunque los dos comparten ideas, procesos de persecución y violencia, ambos decidieron aferrarse a ella como un clavo ardiente, como la única forma de mantenerlos con vida.

Probablemente la violencia y sus motores jamás desaparezcan, en cambio existe una fuerte posibilidad de que nosotros seamos desaparecidos, pero Nicanor Parra nos ha enseñado que igualmente la poesía no se desvanecerá nunca, que será el artefacto que permanecerá invencible ante cada guerra, ante todo acto de vejación y puede que, también por eso, Nicanor nunca muera. 